

MORAL CATÓLICA

La Moral católica.

¿Qué pretende? ¿A qué ha de sujetarse? ¿Depende de una filosofía? ¿Qué pretende? ¿Cuál es el fin último, actual y permanente del hombre en cuanto tal?

La razón de ser del moralista en la Iglesia.

Ha de limitarse a dar forma académica -digamos- a los actos buenos. Los actos buenos son previos a la ciencia moral. La Iglesia -como Cuerpo místico que se forma entorno a Jesucristo- tiene experiencia de los actos buenos, a los que llama santos, esto es, que son susceptibles de formar parte de la providencia misericordiosa de Dios. Son al fin y al cabo los actos que pueden tener por sujeto amoroso a Dios. Son actos por los cuales la persona se identifica con la voluntad de Dios. Sin voluntad de Dios no hay moral posible, habría costumbres. Los actos conformes con la voluntad de Dios se llaman "intrínsecamente buenos". Es preciso, muy necesario, evitar una mentalidad reductiva de la voluntad divina. ¡Este es el peligro permanente que sólo se sortea con humildad ansiosa de conocer dicha voluntad;

Ejemplo.

Un enólogo importante después de haber degustado vinos excelentes venía a decir que con la técnica lo que buscaba era volver a crear esos maravillosos vinos que se hicieron cuando esta ciencia no existía. Afirmaba que, si conociera el maravilloso vino que Cristo regaló a los novios de Caná, él lo analizaría para intentar lograrlo de nuevo una y otra vez. ¡El vino ya existía como meta a conseguir!

Los caminos morales.

Los caminos son los de la fe católica, los de la doctrina católica, de la esperanza y de la caridad incluyendo en ellos las virtudes humanas que con ellas se conjugan. Los actos humanos caen todos bajo la moral pues forman parte de su relación con Dios. Nada real es ajeno a su Dueño.

La fe es la luz que configura el camino moral.

Me refiero a los dos tipos de fe: la doctrina de fe o fe objetiva y el acto de fe ("fides quae" y "fides qua"-). La moral sin la verdad en su conjunto es ciega. Por lo cual una moral que no parta de la fe, es paganismo; y una moral que no contemple el mundo natural como santificable es maniqueísmo. De hecho la realización de las virtudes -arriba citadas- constituye al hombre en justo o santo a los ojos divinos adentrándole en la intimidad de la augusta Trinidad. Sin Dios y sin gloria eterna no hay moral católica puesto que la moral católica establece la relación del alma humana con su fin actual y permanente, sentido objetivo y propio. Se trata de un camino "in Deo", en Dios, divino, adiosado.

Todas las herejías y cismas hacen inviable el camino de la fe ya que cercenan en ella elementos propios. Y así se entiende que sean los santos los que mejor captan el pecado como un descabezamiento y por eso se entregan denodadamente a curarlo: lo ven como algo horrible. Vemos pues claramente la ilación entre fe objetiva y fe subjetiva; ambas tienen la misma extensión: la vida humana totalizada.

Hemos de realzar la sumisión absoluta de la subjetividad humana a la objetividad de la que no se puede prescindir ni por mientes. Los hombres modernos están aquejados de un cisma en este punto de gravedad enorme. Repiten el mito de Adonis. Alardean de ideas personales como si ellos fuesen seres extrahumanos. (El protestantismo en este

campo es la caja de la Pandora por su conciencia solipsista).

La moral y la filosofía.

En principio la filosofía no es quién para sustituir al modelo divino de las almas. Es superfluo acercarse a la moral cristiana con una mente hipotecada por una filosofía que frecuentemente no hace otra cosa que enjaular la realidad: siempre la limita más o menos, pero la limita. Pero de cualquier modo, la vida de las almas es esencialmente una vida divinizada o endiosada que no necesita perentoriamente otros elementos que no sean Dios y el alma a Él entregada por su amor. ¡Los hechos cristianos existen en la vidas santas tantas veces confirmados incluso de forma milagrosa! Pues esa es la práctica, el hecho patentado. El naturalismo moral -pecaminoso "in radice" no cuenta debidamente con él.

La ruta auténtica no es otra que la ruta de la santidad como divinización.

El vino bueno de la "Subida" al monte de Dios comienza con la decisión de los "principiantes" que se dan a Dios. El segundo paso es al grado de "los aprovechados". Viene después el ascenso a los "desposorios". Termina en la tierra con el "matrimonio místico". Se corona con la "visión beatífica". La consumación de ese camino es una apoteosis o divinización, el Cielo. La moral cristiana auténtica muestra ordenadamente los elementos purificados, aptos para este ascenso.

La pura fe ,la noche oscura y la inmolación.

Todo este proceso de la santificación de las almas va guiado por la "pura fe" que a su vez por el modo heroico de "cruz" o "noche oscura" logra su fin último y supremo. (Si usted consulta mi artículo "vida eterna" encontrará un texto sublime de San Juan de la Cruz en que muestra a Dios mismo

dándose “sicut servus” al alma que se Le ha entregado “de vero”).

La fortaleza o solidez de la vida de unión con Dios no se da sin la heroicidad de la fe en la oscuridad de la noche, ni sin el heroísmo de la cruz que como Abrahán deja todo en manos de Dios. Sin Cruz, sin heroísmo, no hay unión con Dios, hay paganismo, sensualidad, y corrupción.

Manuel Lago González, Lic. en Teología por la Universidad de Navarra, España.

Dirección: C. San Roque, n. 22. 35.205. Vigo, Pontevedra, España.